

La Revista Médica debe continuar

Dr. Ariel Rodríguez Quereilhac

En agosto de 1974 —pronto ya van a ser veinte años— salió el primer número de la Revista Médica del Uruguay.

Salía al año de haberse establecido la dictadura en el país, con un Sindicato Médico acosado y con sus estructuras gremiales permanentemente cercenadas.

La Revista se planteó como una forma de expresión de nuestra especificidad médica, a la vez que un vehículo de cohesión, de mantenimiento, promoción y producción del conocimiento científico.

Fue una forma, en esa hora aciaga y de derrota, de mantener la fe en nuestro trabajo, de crear presencia.

Dirigida fundamentalmente al médico general, privilegió el trabajo y el pensamiento clínico, pretendiendo hacer de esta disciplina un saber sistematizado, con valor científico por sí mismo.

*Hacer de la clínica una práctica razonada, con base en una metodología establecida y rigurosa, cuyo acto creador —el diagnóstico clínico— surgiera en base a una secuencia lógica, **el proceso diagnóstico.***

Inmersos en este mundo darwiniano, agobiados por calles interminables, viáticos, órdenes, autorizaciones, hospitales con farmacias cerradas, administradores, de "...técnicas que la institución no está obligada a realizar...", nosotros, los médicos, solemos olvidar el objetivo que nos determina: el hombre en busca de su salud.

Por ello todos aquellos artículos que le devolvieran al hombre su identidad perdida, su ubicación como ser humano, miembro de especie y solidario, iban a tener cabida en la Revista.

La historia de la medicina, la educación médica, la literatura de la medicina, iban a tener cabida en sus páginas.

Vueltos a la democracia, con los docentes reinstalados en sus servicios, los médicos de nuevo en sus consultorios, hubo que reconstruir años de trabajo clausurado, de investigaciones detenidas.

La producción científica no podía esperarse a un corto plazo; sin embargo la Revista debía continuarse. Era un imperativo moral y científico. Debía volver a ser la expresión de una práctica cuestionada y crítica.

Con dificultades —las financieras no fueron ni son las más importantes— la

Revista ha salido hasta hoy.

Pero no siempre ha podido ser lo que se ha pretendido de ella: este quehacer médico alienado, dependiente de un no-sistema de salud, hace que el escribir, la reflexión de nuestra práctica diaria, sea poco menos que un acto heroico.

Especialmente la reflexión clínica, que era uno de los principios de la revista.

Establecida hoy como uno de los principales medios de expresión de nuestra comunidad médica y docente, con un tiraje de más de veinticinco mil ejemplares anuales, la Revista Médica del Uruguay debería ser un orgullo de quien la creó y promovió.

El volumen de lo publicado, el hecho de ser una revista arbitrada —la “peer review” de la comunidad científica—, tal vez la única de nuestro medio, la complejidad que implica el procesamiento de los materiales, hacen imprescindible, a esta altura del desarrollo tecnológico, la profesionalización en la mayor parte de los niveles, de la redacción de la revista.

La Revista no pretende ser el único medio de expresión; pero sus logros —seguramente menores a sus posibilidades—, su historia, en fin, merecen continuarse.

Su presencia en el medio es... una forma de coadyuvar a la ampliación de la cultura general y el perfeccionamiento de la preparación técnica de los médicos; ... una forma de contribuir al permanente estudio y perfeccionamiento de las estructuras de salud del país.*

* ítems d) y f) del art.2 de los Estatutos del Sindicato Médico del Uruguay.